

¿Crisis de la política social, o crisis del Estado?

por

Ramiro de Maeztu y Whitney.

AL intervenir en el tema planteado por el Sr. Palacios me propongo tratar el asunto en su fondo, no en su forma, no en su metodología; y al encontrarme con el problema de la crisis de la reforma social, lo primero que tengo que hacer es preguntarme si se trata de una crisis de la reforma social, o de una crisis del instrumento con el cual se ha abordado el problema de la reforma social, que es el Estado, o si el problema es más bien una crisis de orden económico, del liberalismo en el cual vivimos. No sé a qué conclusiones llegaremos, pero probablemente ha de ser a una de éstas: o que hay una crisis en la reforma social misma, o que la crisis hemos de encontrarla en el instrumento de la reforma social, que es el Estado, o bien hallarla en el mismo orden económi-

(1) En el presente curso se ha iniciado por el Académico Sr. Palacios el examen del problema de la crisis de la política social.

El Sr. Palacios ha dado a su iniciativa el carácter de sugestión, para que los Académicos traten los aspectos de su mayor interés personal, sin esperar a que la comunicación que el Sr. Palacios va exponiendo en toda su amplitud esté totalmente desarrollada.

Por esta razón, y a fin también de que las intervenciones a que dé lugar dicha comunicación no pierdan actualidad, se irán publicando en los ANALES, sin perjuicio de recoger en ellos, en su día, la comunicación originaria del Sr. Palacios, que continúa exponiéndola a la Academia.

Se publican, así, en el presente número los trabajos presentados en relación al tema por los Sres. Maeztu y Vizconde de Eza.

co, en el cual se ha producido la necesidad de la reforma social.

Para plantear el tema he de tomar ocasión de otro muy relacionado íntimamente con él. Me refiero a la apostasía de las masas, que hace cuarenta años eran católicas y que actualmente vemos lo que son. Se ha preguntado por la razón de ella, y algunos sacerdotes de muy buena intención opinan que esta apostasía se debe a un abandono de la doctrina de Jesucristo por gentes que se llaman católicas y a un olvido de las enseñanzas de los Papas en materia de orden social. Las indicaciones de las Encíclicas respecto del salario familiar no han sido atendidas, y a ello se atribuye en buena parte la apostasía de las masas, porque se las ha hecho creer que la Iglesia no las defiende, que la Iglesia es meramente un órgano de defensa de los ricos, y que no predica a los pobres más que la resignación, a fin de proteger los intereses de las clases acomodadas. Pero esta hipótesis cae por tierra en cuanto nos planteamos el problema prácticamente. Si un industrial, que se propone seguir al pie de la letra las Encíclicas pontificias, establece, de buenas a primeras, en su negocio, por ejemplo, el salario familiar, y enfrente hay otro establecimiento igual, cuyo propietario no tiene escrúpulos, la consecuencia es inevitable: el patrono más avariento, el que paga los jornales mínimos, podrá despachar su artículo más barato y acabará por quedarse con la clientela del otro. En el régimen económico en que vivimos, el patrono más favorecido será el que se aproveche mejor del trabajo del obrero, el que lo pague menos.

El régimen en que vivimos es implacable: por virtud de la ley dura de la concurrencia, el precio justo, de Santo Tomás, ha sido sustituido por el precio del mercado, determinado por la oferta y la demanda. Esto hace que las Encíclicas de los Pontífices queden en el aire, como meras indicaciones ideales, que, en cierto modo, pueden cumplirse, y que en otro orden no se pueden seguir. Estamos todos en una situación, que no podemos cambiar, en que los patronos se ven obligados a reducir en todo lo posible su personal, para lo cual aceptan las ofertas de nuevas máquinas, máquinas que pagan con lo que ahorran por el personal que despiden. En este punto, mis conclusiones son las mismas que las del último Congreso

de la Agrupación Socialista Madrileña. Hay dos cosas ante las cuales nos encontramos: de una parte, el maquinismo empieza ya a desplazar gente que no encuentra compensación en la misma creación de las máquinas, y, de otra parte, la industrialización de los países coloniales, como el Japón, la China y la India y otros de América, crea condiciones de concurrencia en Europa, que fatalmente se traduce en una enorme desocupación, que encarece los costes de la reforma social, a tal extremo, que tiene que hablarse de una crisis de la reforma social. Ustedes saben que yo estuve en contacto con los hombres que primeramente trataron de organizar esta intervención del Estado en la lucha entre patronos y obreros en Inglaterra: primero, con los hombres de la Sociedad Fabiana, y después fuí uno de los promotores del movimiento gremial inglés, que se proponía una cosa análoga a la Sociedad Fabiana, con la diferencia de que ésta procedía por medio del Estado, mientras el movimiento gremial hubiera deseado llegar a arreglos entre obreros y patronos, sin necesidad de una intervención directa del Estado, a quien ha de reservarse el derecho a decir qué soluciones son justas o injustas, por medio de sus jueces o magistrados, pero no esto de ir recogiendo dinero a unos contribuyentes a fin de repartirlo entre otros, generalmente los más necesitados, por medio de pensiones a los sin trabajo, a los viejos, a las viudas, a los huérfanos, y de subvenciones a hospitales, etc. La reforma social ha llegado a ser tan costosa en Inglaterra, que hace muchos años que excede de la cifra enorme de 400 millones de libras esterlinas, y la gente se pregunta allí los beneficios que se obtienen de todo ello. Cuando se ve que allí no hay hambrientos, se explica, en cierto modo, la resignación ante tal estado de cosas; pero resulta que los dos millones de familias que viven de la pensión semanal que da el Estado a los desocupados se desmoralizan, porque viven de la caridad y no del trabajo. A ello se debe el descenso del nivel del Imperio británico en estos años. Indudablemente, la reforma social le ha costado a Inglaterra buena parte de su hegemonía industrial, mercantil, bancaria y aun militar. La reforma social cuesta muchísimo más que el Ejército, la Marina y la Aviación, y no se ve que pueda llegar a producir otro resultado que el de evitar el frío

y el hambre; pero, probablemente, con el dinero que eso cuesta y con los medios y tierras que Inglaterra posee, sería posible colonizar el Canadá, que tiene ocho o nueve millones de kilómetros cuadrados y una población que no excede de diez millones, o Australia, que es otro país desierto. Esta situación de la reforma social la considero interina, y creo que no puede continuar indefinidamente.

Pero aquí entra la otra cuestión: ¿es el Estado el órgano adecuado para realizar la reforma social, para sostener a esas multitudes que quedan sin trabajo a consecuencia del maquinismo y de la industrialización de los pueblos de Oriente? Estos dos motivos de crisis son indiscutibles. Creo que la Agrupación Socialista Madrileña decía la verdad al afirmar que la crisis de todo el orden económico en que vivimos se debe al maquinismo, que al principio, cuando había todo un mundo abierto por delante, encontraba compensación, porque el personal que desplazaba lo iba empleando en la construcción de las máquinas, en los mercados que iba abriendo, en los Continentes nuevos que iba poniendo en explotación; pero actualmente, cuando han aparecido en el Asia nuevas naciones industriales, ya no hay compensación posible. Creo que la situación que descubrieron los Estados Unidos el año 1929 es la campanada que marca el fin de un estado de cosas y el comienzo de otro, porque lo que se vió es que había 40 millones de personas que sobraban en un país donde se ven inmensas extensiones de territorio fértil que todavía están despobladas, y, sin embargo, debido al maquinismo, toda aquella gente resulta innecesaria. Hemos llegado a la situación paradójica de que, si un hombre pudiera él solo extraer del aire los alimentos necesarios para los 2.000 millones de seres que componen la Humanidad y pudiera contar con elementos para distribuirlos por toda la Tierra, en lugar de ser esto, como parece, a primera vista, el mayor de los beneficios, sería la más grave de las catástrofes, porque los 2.000 millones del género humano no tendrían medios para adquirir estos alimentos, a pesar de ser los más baratos. Y no creo que la crisis que estamos pasando sea temporal, a pesar de estar leyendo hace años estadísticas forzadas por los periódicos, que quieren ver en ellas el comienzo de una normalidad que no llega a volver. El hecho es que la cri-

sis industrial va acompañada por la de la moneda, que cada vez los países se encierran más en sí mismos, que todos tienden a vivir de lo suyo. En resumen, me parece que esta crisis es el final de nuestra civilización de estos dos siglos. Ahora bien: la cuestión social, a su vez, agrava el problema, porque se convierte en causa del monstruoso crecimiento del Estado, lo cual debemos tener en cuenta para llegar, si podemos, a alguna idea clara sobre la naturaleza de esta crisis. Cada día encuentra más difícil la vida un industrial o un comerciante, porque se ve amenazado con mayores impuestos, porque las relaciones con sus obreros son más difíciles. El hijo del industrial o del comerciante no quiere seguir la profesión del padre, para que no le llamen explotador del obrero, y trata de buscar un puesto tranquilo en alguna oficina del Estado. El crecimiento de los gastos públicos en toda Europa es infinitamente superior al crecimiento de la riqueza y de la producción de la industria y del comercio, porque las gentes huyen de la lucha entre el capital y el trabajo y se refugian en las oficinas públicas. Así han llegado en Francia a un presupuesto de 50.000 ó 60.000 millones de francos, que hasta ahora podían soportar los franceses, porque la mitad lo pagaban los extranjeros, con el turismo y la compra de artículos de lujo. Hoy, eso se ha terminado; y como, además, no perciben buena parte de los intereses de los empréstitos al Extranjero, no pueden con los gastos, y a ello obedece lo que han votado en las últimas elecciones, con grave perjuicio, porque han votado, sin saberlo, en favor del mayor encarecimiento del Estado.

Hay alguna excepción. A pesar de haber aumentado mucho el Presupuesto en el Japón, allí se produce un fenómeno extraño, por una doctrina moral curiosa, la del "Kodo", que llamo curiosa porque los japoneses no tienen filósofos, y aunque practican una ascética magnífica, no sabe nadie explicarla. Allí ocurre que sus oficiales, en el Manchukuo, viven sin nada; gentes absolutamente honradas, que han impedido que entren allí los judíos y las empresas financieras a explotar el país que ellos administran en beneficio de la población, que así prospera mucho más que la de Siberia, la China y el mismo Japón. Pero un Estado semejante en nuestra atmósfera occidental es algo inconcebible. Cada cual trata, en nuestros Es-

tados, como ahora se llama, con palabra despectiva, de lograr los mayores "enchufes" posibles, y el Presupuesto sube, y cada funcionario que del Presupuesto vive procura abrir en él un agujerito para meter a sus hijos, a tal punto, que este aumento indefinido de los gastos públicos es la verdadera causa de las guerras, y no el armamento. Cuando Alsacia-Lorena cambió de bandera, todas las escalas de funcionarios de Francia se movilizaron, porque hacía falta mandar empleados de todas clases a las provincias anexionadas. En cambio, en Alemania se quedaron sin empleo los que estaban en Alsacia-Lorena; las escalas se redujeron; los funcionarios no encontraban empleo.

Ahora, en España, los hombres de nuestra clase nos hallamos ante un problema terrible, porque no sabemos qué comerán nuestros hijos. El Estado no puede ya continuar ensanchándose; y como nadie quiere ser contribuyente, vendrá la quiebra, y nuestros hijos y nuestros nietos se quedarán sin pan. Por todo ello llego ya a una conclusión, muy rápidamente, como es mi costumbre. La reforma social era necesaria; no podía dejarse que un patrono pagase las máquinas que desplazan a los obreros con los jornales que el despido de éstos le ahorra. Esta es la inmoralidad fundamental del régimen capitalista. Pero ¿qué se ha hecho con ella? Pues que el Estado, mediante unos impuestos furiosos, confisca prácticamente el capital que el patrono, o sus hijos, han invertido en valores del Estado, en rentas fijas o en obligaciones. El impuesto sobre la herencia en Inglaterra es una perenne confiscación, porque el Estado llega a apoderarse de las dos terceras partes del capital que se lega a los hijos. En realidad, esta es una de las razones de la crisis de Inglaterra. Todavía en Francia ocurre algo peor, porque hay una serie de empresas industriales de las cuales recoge el Estado las tres cuartas partes o las cuatro quintas partes, y algunas veces más, de los dividendos. Así no vamos a ninguna parte. Vamos a una enorme catástrofe, a una enorme caída del mundo, hija de nuestra ineptitud para gobernar la economía, a su vez hija de un ideal materialista, reinante durante ciento cincuenta años. Hemos soñado con montañas de ríeles, de trigo, de café; hemos creído que por medio del maquinismo se evitaba el ham-

bre que sufrió Europa en la Edad media y resolveríamos la cuestión social. Y nos encontramos—perdonen los señores Académicos—como aquel que hubiera soñado, en su adolescencia, con una mujer de 400 kilos, en un sueño sexual de carne, y luego se encontrara que no sabía qué hacerse con toda esa masa feroz de carne que le oprimía. Realmente, no hay más riqueza que la organizada. Lo que sobra, como en el año 1929 llegó a sobrar todo, no puede cambiarse por otras cosas igualmente sobrantes. No sirve para nada. No hay más riqueza que la organizada, es decir, aquella materia donde entra el espíritu humano y la hace apta para la satisfacción de nuestras necesidades. Toda otra materia sin organizar ni espiritualizar es sobrante, y lo que sobra, sobra. Por eso sigo creyendo que la reforma social era necesaria, que entre los patronos, los obreros y las máquinas había que entrar de alguna manera; pero se ha entrado con un instrumento costoso, vicioso, lujoso, cual es la burocracia, con enormes falanges burocráticas innecesarias, que están manteniendo todos los Estados, cuando había que entrar puramente con la justicia, pero con una justicia que esté por encima de las presiones de partido. Ahora bien: esto yo lo creo incompatible con el principio democrático. Una justicia que esté por encima de las presiones de los partidos, no creo que pueda establecerse sino en un régimen autoritario, que lo mismo está por encima de las clases que de los partidos, y pueda organizar una justicia que, por encima de los intereses de clase y de las presiones electorales, pueda dar a cada uno lo suyo. Creo que la reforma social ha de consistir en la renovación de los antiguos gremios, pero ya con carácter nacional; haciendo de ellos asociaciones de obreros y de patronos, de capital y de trabajo, en que la misión del Estado será puramente la de hacer justicia por medio de magistrados imparciales, imparcialidad que estará garantizada por una autoridad fuerte. Esto requiere previamente cierto fracaso de la democracia. Cuando el pueblo se convenza de que no puede creer (ni tiene otros instrumentos para creer, ni los tendrá nunca) sino en los caramelos envenenados, en que ha creído en estos días, entonces habremos dado el primer impulso para que sea posible instaurar la justicia en el mundo, por encima de las clases y de los partidos. Con

esta justicia autoritaria será posible organizar la economía en una base de restauración de los gremios y de restauración de la idea moral del precio justo, entrando la idea del precio justo en todos los órdenes y en todas las transacciones económicas.

Pero ello requiere una reforma moral, espiritual, una resurrección general religiosa, que estoy muy lejos de ver en torno mío. Y creo que con estas palabras habré planteado la cuestión de fondo que hay debajo de la cuestión de forma de la crisis de la reforma social. Para mí no es tanto la reforma social la que está en crisis y la que ha fracasado, cuanto el liberalismo económico, de cuya crisis ha surgido la necesidad de la reforma social. Lo que ha fracasado es el liberalismo económico, es decir, la independización de la economía de la moralidad. Cuando, en el capítulo II de su libro sobre *La riqueza de las naciones*, dice Adam Smith que no debemos esperar nuestra carne, nuestro pan ni nuestra leche de la benevolencia del carnicero, del panadero o del lechero, sino de su egoísmo, en ese momento, a mediados del siglo XVIII, se dió uno de los grandes cortes de la Historia, que ha separado la economía de la moralidad. Ya se había tratado, y se trató, poco tiempo después, de separar la moralidad de la religión, como también la verdad del método, el arte de la moralidad, el amor de la sociedad y la legislación de la jurisprudencia. Por causa de estos grandes separatismos del siglo XVIII vivimos ahora en departamentos estancos; es la edad de los especialistas; no hay comunicación entre las ciencias, ni entre la ley y la moral, la religión y la economía. Y, a mi juicio, esta es la única razón de todo lo que nos ocurre. Hemos llegado al término de este ciclo. Esto es, para mí, absolutamente claro. Tengo que coincidir con la Agrupación Socialista Madrileña, aunque nuestras soluciones sean absolutamente contradictorias, porque la Agrupación Socialista prescinde de lo espiritual, y yo creo que hace falta el reconocimiento previo, por parte de las minorías gobernantes, de la primacía del espíritu y de todo lo que ella supone en el mundo de la ley y del derecho, que es la vuelta a concebir la ley como una ordenación enderezada al bien común y no como una disposición de la voluntad; que es donde está la raíz del mal. Mientras la ley se considere como una disposi-

ción de la voluntad, no es racional: es irracional, es el puro arbitrio del número o del príncipe, del que tiene más fuerza. Hay que volver al sentido jurídico, que basa la ley en la razón, que es el único sentido que puede salvar la dignidad de las facultades de derecho, que, de otro modo, tienen que estar buscando en el *Alcubilla* qué clase de disposición arbitraria o irracional tomó el pueblo o el príncipe, en lugar de buscar lo que la razón ha de dictar en cada caso.

Así, yo creo que el problema que nos ha planteado nuestro ilustre compañero D. Leopoldo Palacios está íntimamente ligado a estos otros problemas de la crisis del Estado como organismo para la reforma social, y de la crisis del sistema económico, de la economía liberal, de la libre concurrencia, que empezó en el mundo a mediados del siglo XVIII y que, al cabo de un siglo de esplendor y de desarrollo, ha llegado, en los años que vivimos, a su ocaso, a mi juicio, definitivo y final.